

¿Por qué negar que estas palabras han llegado hasta mi corazón? Llevar las almas al sepulcro de los Santos, es llevarlas á conocer claramente el puro y santo amor. Aumentar en las almas la devoción á los Santos, es abrir el manantial de todos los sentimientos más elevados, fecundos y heroicos.

Mucha felicidad y satisfacción nos daría el que esta segunda edición tuviese igual resultado.

Orleans, domingo de Ramos de 1863.—*Em. Bougaud*,
Vicario general de Orleans.

Avignon, 27 de Noviembre de 1862. Avignon, imprenta de Aubanel, hermanos.



Prólogo de la primera edición.

LA Orden de la Visitación posee aun hoy día preciosos manuscritos relativos á su fundadora Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal (1), compuestos en vida de la Santa, mas secretamente y sin noticia suya, y que esparcidos en el siglo XVII por todos los monasterios de la Orden, parecia que nunca habían de salir á luz, y han permanecido, en efecto, hasta el presente inéditos y casi desconocidos. Aunque hacía muchos años tenía yo las más intimas relaciones con uno de los principales monasterios de la Visitación (2), sólo por casualidad, y cuando menos lo pensaba, llegaron á mis manos estos estimables manuscritos, cuya lectura me encantó. Observé en ellos un encanto incomparable de pensamiento y estilo, junto con tan profunda admiración de las virtudes de la Santa, y una relación tan tierna y afectuosa, que

(1) Este es el nombre completo y auténtico de nuestra Santa, con el que la conoce y honra la Iglesia, y el único que puede dársele en las oraciones de la liturgia. Pero así como los teólogos llaman San Ligorio á San Alfonso María de Ligorio, así Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal es generalmente conocida con el de Santa Chantal, y muchos no la conocen con otro nombre. (*Nota del autor.*)

La razón de esto, es que á las mujeres casadas no se les nombra en Francia sino por el apellido de su esposo. (*Nota de la traductora.*)

(2) El de Dijón.

hacia ver claramente que no era producto de la memoria, sino del corazón. Se contaban rasgos tan heroicos, las palabras que se ponían en sus labios eran tan bellas, todo cuanto se decía de esta heroína llevaba consigo un carácter tan elevado y tan sostenido, tan rara unción de ternura y fortaleza, de energía y amor, que sentí vivísimos deseos de leer su vida, y tomé la que en el siglo XVIII escribió el abate Marsollier (1), pero al leer los primeros renglones quedé asombrado y afligido.

No acuso por esto al abate Marsollier. Escribía en un siglo desgraciado, el cual, entre otros males, adolecía del de no comprender nada de la vida de los Santos, y queriendo escribir la de Santa Juana Francisca, creyó que para que la recibiese un siglo que no tenía nociones de nada grande y heroico, era menester rebajarla y vulgarizarla. Con esta idea omitió indagaciones de toda clase, y no recurrió á las fuentes, perdiendo así todo el perfume de las antiguas edades, y no quedándole otra cosa sino frías y falsas amplificaciones, con largas y filosóficas disertaciones. Esta es en compendio la vida de Santa Juana Francisca, escrita por el abate Marsollier. Así, cuando cansado, y aun diré indignado, cerré el libro y tomé de nuevo los antiguos manuscritos, me pareció subir de una tierra baja, desierta y estéril, á una de esas hermosas montañas donde el aire, la luz, los inmensos horizontes y las altas cimas llenan el alma de elevación, de paz y de entusiasmo. Dejé, pues, el libro de Marsollier para no abrirle ya nunca, y buscando una Vida de la Venerable Madre de Chantal, tomé las Memorias de la Madre de Chaugy (2), y en

(1) La *Vida de la Venerable Madre de Chantal*, fundadora, primera religiosa y primera Superiora de la Orden de la Visitación de Santa María, por el abate Marsollier, canónigo y antiguo preboste de la iglesia catedral de Uzés: 2 tomos en 12.º; París, 1717. *Marsollier, el más infiel de los biógrafos*, dice Mr. Hamón, y lo prueba. (*Vida de San Francisco de Sales*, 3.ª edición, prólogo.)

(2) *Memorias sobre la vida y virtudes de Santa Juana Francisca de*

ellas encontré el encanto que había perdido. Se ve en ella una gran Santa, pero no está completa: la religiosa es incomparable; pero la esposa, la señora del mundo, la madre, la madre sobre todo, ¿dónde está? Estos pequeños hijos, tan amados, y después ¡ay! tan llorados, ¿qué es de ellos? Yo los buscaba y no los encontraba, y lo que más me admiraba, es que la misma fundadora casi estaba lejos de estas Memorias, donde apenas aparecía. Había en estas páginas, selladas con tanto encanto, una Santa de un temple singular, formada para obrar, y que no obraba. Estuve mucho tiempo sin penetrar este misterio, pero al fin le descubrí.

Cuando la Venerable Madre de Chantal tomó por secretaria á la joven Hermana de Chaugy, la encargó recogiese y pusiese en orden la historia de las fundaciones de todos los monasterios; pero con su profunda y ordinaria humildad no quería que se hablase de su persona: no era posible dejar de nombrarla, y decir que en tal día había llegado á tal y tal parte, ciudad ó villa, con tales y tales Hermanas; mas esto era lo único que con gran trabajo permitía. De las ardientes palabras que se le escapaban, de los actos de fe, celo y amor de Dios que marcaban sus pasos, no se podía hablar, porque nada toleraba en esta materia; y si la Hermana de Chaugy se descuidaba alguna vez y dejaba que su pluma consignase alguna palabra en que se trasluciese la virtud de su Santa Madre, era llamada por ésta, que leía con cuidado cuanto escribía, en su celda, donde la hacía arrodillarse, y después de haberla reprendido agriamente por hablar así de una pecca-

Chantal: un volumen en 8.º; París, 1845. Estas son las que en 1644 dió á luz, arregladas y compuestas, Mr. de Maupas, con este título: *Vida de la Venerable Madre Juana Francisca Fremiot*, etc., etc., por Messire Enrique de Maupas, Obispo y Conde de Puig, etc., etc, un vol. en 4.º; París, 1644. El abate Boulanger, capellán de la Visitación de Mans, ha tenido la feliz idea de volver á publicarlas en estos tiempos, según el texto original de la Madre de Chaugy.

dora, la mandaba volver á escribir la fundación. No era posible someterse á esta intimación, ni se debía privar á la Iglesia y á los fieles de estas piadosas Memorias, y así, la Madre de Chaugy las escribió secretamente. No pensó seguramente en escribir la vida de la Santa, sino únicamente añadir un suplemento á las relaciones ya escritas, pero incompletas, por causa de la humildad de Santa Juana Francisca. He aquí por qué no se ve á la fundadora en las Memorias: porque está dibujada en otra parte. Tampoco se ve en ellas á sus grandes co-operadoras, pero también existen en otra parte sus historias. Y por último, como todas estas memorias, historias y relaciones son para el claustro, apenas figuran los hijos de la Santa; y la esposa, la madre, la dueña de la casa, la señora del mundo, y aun la misma fundadora, no están delineadas sino con un ligero perfil.

Todo este concurso de circunstancias, ¿no parecía pedir la reunión de esos diversos documentos, fundirlos en uno solo, completar unos con otros, aclararlos y explicarlos por medio de esas innumerables *Cartas*, de esas bellas instrucciones, de esas Memorias tan curiosas, de todos los papeles, en fin, que se reunieron para el proceso de la canonización, y con todos estos materiales retratar de cuerpo entero á esta gran Santa? Y ya que no lo hizo el siglo XVII, ni hubiera sabido hacerlo el XVIII, ¿por qué en el XIX, en el que renace la fe y la piedad, no se había de emprender una obra que tal vez merecerá la pública aprobación y agradaará á las almas piadosas? Así discurría yo, y poco á poco sentía nacer en mí el deseo de componer la obra que hoy ofrezco al público.

El profundo y constante estudio á que me dediqué desde este momento, y muchos años seguidos después, para conocer bien la verdadera figura de Santa Juana Francisca, su gran carácter y su bella misión, tan adecuada á las aspiraciones, necesidades y peligros del

tiempo en que vivimos, me hizo, en fin, decidirme á escribir la historia de esta grande heroína.

I

El carácter de la Santa me impresionó desde luego. Esta mujer admirable poseyó en grado eminente la virtud que más falta hace en este siglo; falta que tal vez es la llaga más profunda de las que aquejan á las generaciones contemporáneas; quiero decir, la fortaleza. Sucesivamente soltera, esposa, madre, ama de casa, señora del mundo, en medio de una sociedad ilustrada, de la cual era como el primer adorno; viuda después, religiosa y fundadora de una Orden, encargada, al fin de sus días, de la alta dirección de más de ochenta monasterios creados por ella, en todas estas posiciones, difíciles por sí mismas, llevó su generosidad hasta el heroísmo, porque su grande alma siempre estaba ansiosa de sacrificios.

Los hizo tan admirables, que el mundo no ha podido comprenderlos ni perdonárselos hasta el día de hoy; pero los Santos se extasiaban con ellos. «Encontré en Dijón—escribía San Francisco de Sales—lo que no encontró Salomón en Jerusalén: la mujer fuerte en la señora de Chantal.» San Vicente de Paúl encarecía aún más sus alabanzas, y trazaba el retrato de esta alma admirable de un modo que parecería exagerado, si no se conociese la moderación de aquel santo sacerdote. Después de los mayores elogios, asegura que habiendo dirigido por espacio de veinte años á la Madre de Chantal, no vió nunca en ella ni debilidad ni imperfección. Por lo demás, la Iglesia, Juez infalible del verdadero carácter de los Santos, ha confirmado estas alabanzas, y de todas las virtudes de Santa Juana Francisca parece no quiere celebrar más que una sola en su liturgia: aquella admirable fortaleza de alma, con la cual, llena

del amor de Dios, anduvo el camino de su vida elevándose al más alto grado de perfección (1).

Esta fortaleza de alma es, ciertamente, el más hermoso rasgo de su fisonomía y el móvil de todos sus actos, así como el secreto de su misión y el verdadero motivo de su existencia en el siglo XVI, y lo que la distingue y coloca en lugar aparte entre todos los Santos de aquella época.

Ya se sabe cuán numerosos fueron entonces los Santos. El desencadenamiento de todas las pasiones y de toda clase de orgullo, decorado falsamente con el nombre de Reforma, turbó por muchos años el siglo XVI, provocando al fin una de las más hermosas reacciones de santidad que hayan servido de consuelo jamás á la Iglesia. Lutero acababa de morir, pero Calvino y Enrique VIII vivían aún; el mundo resonaba con porción de profecías vaticinando la ruina próxima de la Iglesia, con declamaciones acerca de su irremediable corrupción, y al mismo tiempo aparecían en el mundo los Santos Pío V, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y de Borja, Juan de la Cruz, Francisco de Sales, Vicente de Paúl, San Carlos Borromeo, San Felipe Neri, la doctora española Santa Teresa de Jesús, y la heroína francesa Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal; es decir, que todas las glorias, todas las grandezas de la verdadera Iglesia se reunían como de intento para combatir á la Reforma, que en aquellos días hacía ostentación de sus escándalos y multiplicaba sus tristes calamidades.

Y lo más admirable no es el número de Santos que brillaron en el siglo XVI, sino el carácter de cada uno de estos héroes. Se hubiera dicho que Dios, por medio

(1) *Omnipotens et misericors Deus, qui Beatam Joannam Franciscam, tuo amore succensam, admirabili spiritu fortitudine, per omnes vitas semitas in via perfectionis donasti...*

de una de esas admirables inspiraciones con que tan oportunamente socorre á su Iglesia, y al mismo tiempo con una de esas tiernas atenciones que revelan en Él un corazón de padre, aun para las más ingratas naciones, había querido personificar y hacer visibles y brillantes en diez ó doce Santos todas las virtudes, todas las grandezas del catolicismo ultrajado y desconocido. La austeridad, por ejemplo, en el Santo Arzobispo de Milán, que, Príncipe, Obispo y Cardenal, se imponía á los veintidós años, y bajo la púrpura, maceraciones y penitencias que hubiesen espantado á los solitarios célebres de la Tebaida; la suavidad en el dulce Obispo de Ginebra, cuyo sólo nombre encanta, como si no distásemos dos siglos de su feliz existencia, y que atrajo setenta mil protestantes á la Iglesia católica por el atractivo de su amabilidad y profundísima doctrina; el verdadero proselitismo, la propagación admirable de la fe divina en el milagroso Javier, que por su humildad y celo dió á la Iglesia más almas que las que le arrebató el orgulloso Lutero, el amor de Dios sublime y puro en Santa Teresa, la caridad viva y activa en San Vicente de Paúl, la angélica inocencia de Santa Rosa de Lima... Mas iríamos muy lejos si quisiésemos seguir á estas almas heroicas, y por lo mismo, volvamos á nuestra Santa Juana Francisca, cuya pintura deseáramos perfecta como el original.

Esta Santa debía ser en la época inmediata siguiente á la Reforma, y en un siglo entristecido por tan grandes apostasias, y tan vergonzosas caídas, una como revelación brillante del verdadero espíritu de Fortaleza, y para ello la concedió Dios todos los bienes juntos: distinguido nombre, fortuna brillante, un marido digno de ella y á quien amaba, cuatro hijos pequeños, despejados y encantadores, y, en una palabra, cuanto el mundo puede ofrecer de más lisonjero y seductor, á fin de que, el día en que viva y ardiente rompa unos lazos tan

fuertes y dulces, se vea el mundo obligado á confesar que en ese heroico sacrificio hay algo divino. Y porque este sacrificio, por más grande que fuese, no hubiera bastado para revelar al mundo y á los hombres todos la fortaleza divina que existe en la Iglesia, antes y después de separarse la Baronesa de Chantal de su familia querida, la pone Dios en la cruz y la inunda de amarguras y dolores. Esposa, pierde á su marido en la flor de su juventud; Madre, ve morir uno á uno la mayor parte de sus hijos, perdiendo después casi todos sus nietos; Religiosa, se siente oprimida con extrañas enfermedades y atormentada en su alma con terribles tentaciones; Fundadora, el mundo se levanta contra ella, la suscita obstáculos que parecen invencibles; la persigue y la calumnia, pero nada puede desanimarla ni abatirla. Su gran corazón es más fuerte que todas las pruebas, y en el espacio de cincuenta años de un martirio no interrumpido, hace brillar con todo su vigor y magnanimidad cristiana el retrato que el Espíritu Santo delineara de la verdadera mujer fuerte.

No olvidemos añadir que ésta fortaleza de Santa Juana Francisca no disminuye nada la sensibilidad y ternura de su alma. Cada sacrificio traspasa su corazón, cada acto de fortaleza le arranca un grito de dolor, y esto mismo es lo que hace tan admirable, tan hermoso, el espectáculo de su heroísmo. Porque, preciso es decirlo; si la Baronesa de Chantal se hubiese arrancado con ojos serenos de los brazos de su anciano padre; si con semblante tranquilo hubiese separado las tiernas manos de sus hijos, que enlazadas apretaban sus rodillas, ¿quién no se estremecería de horror á vista de tal fortaleza? Pero cuando la Santa viuda aparece llorando y afligida en medio de sus heroicos sacrificios; cuando, obligada á pasar sobre el cuerpo de su hijo, se oyen salir de su corazón los gritos dolorosos y patéticos de la tierna pasión maternal, y cuando, ya religiosa, se la vuelve á

ver en la muerte de sus hijos caer mortalmente enferma, necesitando los últimos socorros de la Iglesia, y sin embargo persistir en sus santas empresas, sin que nada fuese bastante para detenerla en su misión santa ¡ah! preciso es confesar que esta fortaleza proviene de Dios; preciso es confesar que es una fortaleza celestial la que, elevando las almas hasta tan sublime grado de heroísmo, las deja, sin embargo, toda su sensibilidad, y jamás las endurece.

Tampoco esta fortaleza excluye la prudencia, sino que la arregla, del mismo modo que conserva y no apaga la sensibilidad. Y ¿quién poseyó en más alto grado esta virtud cardinal que nuestra Santa Juana Francisca? ¡Qué rectitud de espíritu! ¡Qué firmeza de juicio! Y como si todo esto no fuese bastante para luchar cara á cara contra un mundo que á todo lo heroico apellida exagerado, el Señor concede á nuestra Santa dos consejeros, dos guías: el uno es el dulcísimo San Francisco de Sales; el otro, el Angel de la caridad, San Vicente de Paúl; es decir, la envía en su auxilio los dos directores más sabios que se conocen, á juicio del mismo mundo. El primero, la dirige dieciséis años; el segundo, diecinueve; y sostenida por la dulzura del uno y la sabiduría del otro, verifica sus más heroicos sacrificios con tan perfecta mezcla de moderación y fortaleza, de energía y de prudencia, que «los buenos, como oportunamente decía el Santo Obispo de Ginebra, encontrarán mucho que admirar, y los malos nada que censurar.»

Cuando murió Santa Juana Francisca, á los setenta años de edad, después de no haber dado un paso en tan largo tiempo que no hubiese sido un sacrificio, San Vicente de Paúl vió subir su alma al cielo, no en figura de paloma, como se cuenta de otros varios Santos, sino como un globo de fuego; queriendo Dios demostrar por medio de esta imagen ardiente, que el alma de esta

mujer incomparable era toda de fuego y tan fuerte como este terrible elemento.

Ciertamente, no hay época ninguna en que no sea útil recordar tales ejemplos. Pero nuestro siglo tiene una necesidad imperiosa de ellos, porque nunca se ha visto mayor rebajamiento de caracteres y corazones que el que hoy se advierte en la generalidad; y nada más necesario para estas almas debilitadas que el aire puro y vivificador de los buenos ejemplos. Esta es la primera razón que me movió á escribir esta historia; este es el primer interés que inspira, pero debo confesar que no es el único.

II

Entre los acontecimientos que consolaban á la Iglesia de Francia en la época en que vivió Santa Juana Francisca y preparaban el esplendor y la grandeza aun humana del siglo llamado *Grande*, hay uno que atrae las miradas, y que revela, mejor que otro ninguno tal vez, la fecundidad del Catolicismo.

Quiero hablar de la aparición simultánea de tres creaciones distintas en la vida religiosa: el Carmelo francés, la Visitación y el Instituto de las Hijas de la Caridad; creaciones, no solamente distintas, sino originales y perfectas, dispuestas admirablemente para combatir, por su misma diversidad, las pasiones y desgracias de los tiempos que las vieron nacer.

Permitaseme delinear rápidamente la fisonomía de cada una de estas Ordenes, decir sus diferencias y armonías, y ayudar así al lector á que comprenda mejor los principales acontecimientos de esta historia.

La Carmelita vive austera y pobremente, se acuesta en el suelo, lleva los pies descalzos, ayuna casi diariamente y macera frecuentemente su cuerpo con sangrientas disciplinas, aligerando de este modo á su alma del peso del cuerpo, y facilitándola el ejercicio de la

oración y contemplación. Separada del mundo por rejas, « que con sus puntas amenazan á los que á ellas se acercan », (1) se oculta á todas las miradas, cubriéndose con un velo que la envuelve enteramente. Su carácter distintivo es la penitencia. La Visitación no conoce ni estos largos ayunos, ni la dura cama del suelo, ni todas estas austeridades propias del Carmelo. Mortificada, no obstante, porque sin los sacrificios corporales no hay vida religiosa, y aún menos contemplativa, la hija del gran Francisco de Sales se inmola particularmente por el sacrificio interior y por el cuidado en mantenerse siempre dulce, recogida, amable y agradable en todo y para con todos. Conserva también la clausura y tiene rejas, pero menos austeras; y el velo que la Iglesia pone en su cabeza, no la oculta del todo á las miradas. Su carácter distintivo es la dulzura. La Hija de la Caridad no tiene velo, clausura, ni rejas de este ni de otro modo; ó más bien, según la expresión de San Vicente de Paúl, su monasterio es la casa de los enfermos, la obediencia su clausura, la parroquia su capilla. Preguntaban un día á su Santo Fundador por qué no daba á sus Hijas siquiera un velo que las protegiese en su misión peligrosa, y respondió con estas magníficas palabras: « Su velo será la santa modestia. » Sin las trabas de otras santas instituciones, la Hija de la Caridad, víctima de otra especie, sale al encuentro de todas las miserias, se sacrifica en las guardillas, en los hospitales, en las cárceles, en los campos de batalla, en todo lugar en donde haya llagas que curar, lágrimas que enjugar y almas á quien consolar y servir. Su carácter distintivo es la caridad.

Estos tres tipos, tan puros y perfectos, aparecieron en Francia casi al mismo tiempo, á principios del siglo XVII, que en visperas del XVIII acumuló ruinas

(1) Bossuet, *Sermón de la toma de hábito de la señorita de Boullón.*